



«Rifeno en oración» Lienzo de López-Villaseñor, galardonado con el tercer premio en el certamen valdepeñero del año 1946

tumulto parte de la arrolladora manera con que el pintor lanza las masas de color». Y así es, en efecto. Pero, además, esa tumultuosa manera de pintar es el reflejo del tumulto espiritual en que el pintor se agita, ya que Dios, porque así lo ha querido, en el cuerpo feble de López-Villaseñor ha encerrado un espíritu recio y vigoroso, capaz de las más árdidas empresas, que lucha y se revela tumultuosamente, dentro de su actual prisión, por imprimir a sus actividades el sello inmarcesible de lo imperecedero. Un espíritu, en fin, que no pudiendo pasar a la posteridad por otros derroteros, se ha empeñado en conseguirlo por los caminos del Arte, amoldando de este modo todo su afán de infinito a las posibilidades del cuerpo en que su Creador le infundió aliento vital.

Con esa fuerza espiritual que lleva dentro de sí Villaseñor, hubiera sido santo si hacia la Iglesia encaminara sus pasos, conquistador de mundos de haber vivido en la época gloriosa de los descubrimientos, forjador de epopeya si la milicia fuera su destino... Pero si ya no santo, ni conquistador, ni milite, será pintor, pues que sus obras de hoy son ya, según ajenas y autorizadas afirmaciones, «una realidad que promete realidades más venturosas todavía», y «un paso firme hacia lugar alto donde haya de asentarse un nombre». Será pintor. Sí. Y dará gloria y fama a su región.

Tengamos fe en su destino y en su obra, cerrando esta crónica con aquella expresiva y esperanzada palabra con que la Iglesia, cual divino broche, da fin a sus oraciones: Amén.

ficultades que el pintor, para demostrar el dominio de la técnica, se ha planteado en ellos.

Cuadro de gran factura y empeño el segundo de los citados, en que el autor se nos muestra como excelente pintor de caracteres al tratar las tres figuras que lo integran, espero y confío, muy fundadamente, que ha de llamar de seguro la atención en la próxima Exposición Nacional. a la que no dudo será enviado por López-Villaseñor.

No es muy pródiga en colorido la paleta de este pintor manchego, que recuerda un algo a Zurbarán y al Greco en sus tonalidades, pero saben mezclar con tal acierto sus pinceles, que sus cuadros resultan jugosos y entonados precisamente por ese acierto que sabe imprimir a sus mezclas, de una fuerza y un vigor poco comunes.

«Hay algo tumultuoso en su pintura», ha dicho un crítico madrileño con motivo de su reciente Exposición. Y a continuación añade: «El

Antonio Merlo Delgado.

(1) Véase la reproducción de este cuadro en el número 14 de ALBORES, página 8.